

¿Qué está pasando en Chile?

Eugenio Lahera

La situación en Chile debería dejar de ser considerada excepcional. Como en todos los demás países de América Latina, hay desarrollos complejos y procesos en marcha. Diversas opciones permanecen abiertas. La necesidad de lograr un sistema efectivamente nacional –esto es, incluyente– se mantiene, tal como fuera señalado por Aníbal Pinto un tiempo atrás. Sin embargo, ahora existen buenas probabilidades de lograrlo. Por un lado, porque hoy es posible un lenguaje compartido a partir de una mejor comprensión de lo ocurrido entre 1973 y 1989. Y por otro, porque con base en lo logrado por el país se puede apuntar a políticas públicas más ambiciosas sobre las que sea capaz de expresarse la ciudadanía. Ello permite plantearse una visión del orden democrático para Chile.

Empieza a haber un lenguaje compartido sobre Allende y los derechos humanos

Un ejemplo de que la *dinámica de la historia es el lento retorno de lo reprimido* (Brown) es que al parecer los chilenos hemos llegado a compartir el lenguaje sobre nuestra historia reciente. Hubo dos temas por los que se fracturó el alma de Chile. El primero fue político y significó la pérdida de la democracia. El segundo fue moral y correspondió a las violaciones de los derechos humanos. Este fracaso moral es una discontinuidad en la historia de Chile, que no

Eugenio Lahera: doctor en Asuntos Públicos de la Universidad de Princeton y abogado de la Universidad de Chile; jefe de asesores en Políticas Públicas de la Presidencia de Chile; profesor asociado del Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile.

Palabras clave: democracia, integración comercial, concertación, institucionalidad, Chile.

puede explicarse por la pérdida del régimen democrático. No es posible que se pierdan también el asombro y el pavor que provocan tales desafueros, ya que en ellos se mezcla la ideología y el odio con la banalidad del ejecutor indiferente y el quietismo de la población. Ambos temas son importantes porque la democracia y el respeto de los derechos humanos son fundamentos de la civilización que siempre hemos querido alcanzar como país: lo que con razón podríamos llamar un *proyecto nacional* que se ha ido construyendo a lo largo de nuestra historia.

Parte del cambio reciente es el compromiso de varios sectores e instituciones a que nunca más alguno de estos valores sea puesto en peligro. Por supuesto, esto debe todavía concretarse en una Constitución que nos represente a todos y en el tratamiento de las violaciones de los derechos humanos con verdad, justicia y reparación, sin impunidad para nadie. Y claro está que quedan algunos perdidos: los que piensan que hay que mutilar la vida social y cultural de Chile ya desde los años 50 porque, al parecer, estábamos todos equivocados. También los que creen que el capitalismo fue inventado por los neoliberales criollos y que su esquema en dictadura (el «modelo») es inmodificable. Para el conjunto de los chilenos, sin embargo, durante el actual gobierno se habrá realizado un bien intangible, pero muy real: que el país tenga un lenguaje compartido y así pueda terminarse el inmovilismo de sus elites –congeladas en sus discursos– que dificultaba el trabajo para las tareas nacionales. Respondidas, aunque sea a medias, las cuestiones más esenciales, Chile puede preguntarse ahora por algo más que su existencia como comunidad: por su destino. La principal pregunta se refiere a la incorporación de Chile a la sociedad mundial hecha posible por los acuerdos recientes, los cuales representan la mayor expansión del mercado en la historia nacional y pueden ser una oportunidad cultural extraordinaria. Ojalá vuelvan también otros temas largamente mantenidos en el inconsciente social: violencia, racismo, paternalismo, autoritarismo, sexismo.

Algunos enfoques ya no sirven más: el posmodernismo y el consenso

No existe el ojo completamente desnudo para ver la realidad. Lo que vemos, tendemos a organizarlo con un sentido preestablecido por nuestras ideas de las cosas. Al respecto, hay dos ideas que en este último tiempo han tenido el poder de organizar la realidad que vemos.

El posmodernismo. El posmodernismo entre nosotros resultó una estación de tránsito a la que han concurrido personajes muy diversos. En ella es posible

encontrar a izquierdistas para quienes el mundo que conocieron ya no tiene sentido, y el futuro dejó de ser una palabra de usar con confianza, casi con derechos de *copyright*. Perdido su contacto con la «lógica de la Historia», encontraron un eco de sus propias perplejidades en la insistencia posmodernista dentro de la fragmentación de la realidad y la imposibilidad de atribuir un sentido a su desarrollo, incluso de comunicarla de modo inequívoco, ya que la razón engaña y puede conducir a dictaduras de diverso signo. En la misma estación se encuentra también a algunos irracionalistas de siempre, quienes sienten que finalmente una idea de moda confirma lo que ellos siempre creyeron: que existen cosas mejores que la razón.

Como suele pasar en las estaciones de tránsito, estos dos grupos están en ella por motivos que coinciden solo en parte, y sus lugares de destino son considerablemente diferentes. Para esos izquierdistas la principal consecuencia del posmodernismo fue que toda certeza debería ser puesta en duda, con el supuesto implícito –y a veces explícito– de que en el plano de la razón todo da más o menos lo mismo y lo importante son más bien las consecuencias reales sobre el mundo. A esto se llamó a veces «pragmatismo». Para los irracionalistas, vergonzantes por naturaleza, el hundimiento del Imperio del Mal en 1989 fue una brecha en la historia meramente humana, por la que podrían ingresar a ella otros valores. ¿Cuáles valores? ¿De qué origen, ya que no humanos?

Para otros izquierdistas también se derrumbó en 1989 su alternativa racional-instrumental para Chile. Algunos declararon el deshielo del mismo bosque que había en 1973; otros, que ya habían avanzado demasiado, no pudieron volver hacia alguna certidumbre y quedaron pendientes de estímulos externos a ellos mismos, esperando que la historia se reanimara y les abriera sus secretos.

El posmodernismo también afectó a quienes, de tanto denunciar los sueños, se convirtieron en expertos en criticar pesadillas burocráticas y en hablar de lo buena que es la realidad y no de lo que falta hacer. Se trata de expertos en nada que no sea un realismo simplista. Corazones fríos. Burócratas del sentimiento. Los posmodernistas de lenguaje, realistas de a dos pesos. Nada más conservador que administrar la realidad a nombre del cambio, pensando que es mejor no hacer nada, ya que las cosas salen mal.

Nadie puede predecir el futuro del concepto del posmodernismo y en realidad ni siquiera puede anticiparse su pasado. ¿Quedará como el mejor rótulo de un periodo histórico particular? ¿Será considerado parte o momento de una explicación mayor?

El consenso como necesidad *a priori*. Como parte del discurso fundacional de la Concertación, hubo dirigentes que afirmaron que la propuesta de la alianza debía basarse en dos nociones sobre las que existía acuerdo en el mundo: democracia y mercado, con el objetivo de terminar una historia de desacuerdos nacionales. Hoy resulta claro que hubo un exceso (*overshooting*) en los acuerdos de la transición (Lahera/Cabezas). Por este sobrecompromiso pasaron «coladas» algunas normas, instituciones y resultados de transacciones que no correspondían a un ideal democrático o de mercados competitivos, sin mencionar muchas otras en el terreno cultural y social. Peor aún, se consolidó una inflexibilidad para las reformas que las hizo muy difíciles de aprobar legislativamente. Ya no basta con tener mayoría para el cambio, sino que se debe contar con asegurar siempre el voto de los conservadores.

En el terreno económico había un acuerdo tácito respecto de las orientaciones económicas: mercado libre, economía abierta, manejo macroeconómico estricto, responsabilidad fiscal y un aumento controlado en el gasto social a ser financiado mediante aumentos tributarios modestos. No había acuerdo, en cambio, sobre usar el gasto social como variable de ajuste. El acuerdo tácito también incluyó aspectos institucionales como la aceptación de los extensos cambios en los derechos de propiedad durante el gobierno autoritario: como era de esperar, la estructura de los mercados chilenos a fines de los años 80 era menos el resultado de un desarrollo orgánico que de un prolongado manejo técnico-político de la economía, durante el cual también hubo crisis y contramarchas. De hecho, en los diversos mercados existía una marcada heterogeneidad en cuanto a su transparencia, profundidad y carácter competitivo.

Por otra parte, la institucionalidad de la política económica se caracterizaba por su debilidad reguladora –incluso hubo privatizaciones que favorecieron a los empleados a cargo de las empresas públicas–, por un gobierno comprimido, pero no racionalizado; por un diseño presupuestario muy centralizado; y por la renuncia, al menos teórica, al fomento productivo. Varios actores, tanto de los que apoyaban al gobierno autoritario como de los partidarios de la Concertación, entendieron que el acuerdo económico era incluso menos modificable que el político. Se configuró así una situación de exceso de rigidez institucional: se aseguró la permanencia indefinida de algunas instituciones y se dificultó enormemente su modificación o reemplazo, en una economía todavía en plena transformación. ¿Qué pasaba si algún arreglo institucional era malo, incoherente o incompleto, como sucedió? ¿Cómo se posibilitaba el desarrollo, esto es, el cambio, institucional?

Sin el ánimo teórico de terminar la historia, en la práctica se hizo más rígida la posibilidad de cambio. ¿Cómo superar, entonces, un estilo de desarrollo centrado en la obtención de altas rentas asociadas a las transferencias de activos y la explotación de recursos naturales, a una vasta exclusión social y a una muy desigual distribución de oportunidades? En su sentido convencional, tanto la democracia como el capitalismo ignoran el tema del poder acumulado, suponiendo que la votación periódica y la libre competencia lo resuelven de manera equilibrada. ¿Qué decir entonces de democracias imperfectas y economías imperfectamente competitivas? Si el presente es imperfecto, ¿por qué suponerlo en equilibrio?

Capitalismo y democracia son los marcos de la discusión, pero dentro de ellos cabe todo el debate del mundo. Por ejemplo, ¿es redundante el concepto de desarrollo con equidad? Si la democracia es un fin en sí mismo, ¿cómo se la profundiza? Si la igualdad de oportunidades es un imperativo ético, ¿cómo se la asegura, o como se avanza hacia ella? Nadie diría que son preguntas triviales, y falta bastante para agotar sus respuestas.

La razón. Si el posmodernismo y el consenso *a priori* son enfoques parciales, ¿cómo definir, entonces, las orientaciones que la Concertación plantea a Chile? Para responder a esta pregunta es necesario incursionar en un tema más general, ya que antes de los argumentos al respecto, está en discusión la posibilidad misma de argumentar, de discutir sobre la sociedad de una manera común; la posibilidad de dar una respuesta dictada por la razón. Si no es así, ¿cómo discutirlo?

Es fácil percibir una profunda duda sobre la razón, duda que tiene diferentes elementos. La racionalidad, dicen algunos, devino excesivamente instrumental, contribuyendo a la deshumanización e impersonalidad del mundo: el progreso no ha significado un perfeccionamiento profundo de la humanidad. Otros apuntan que la racionalidad dio lugar a sueños dictatoriales que aplastaron a los seres humanos en nombre de una norma histórica «objetiva». Conforme a esta crítica a la razón, la racionalidad debería abandonar sus pretensiones «imperiales» y reconocer con modestia sus limitaciones. Con demasiada facilidad se olvida que durante siglos se denostó lo que hoy día llamamos humanización y que, también durante siglos y en civilizaciones muy diferentes entre sí, ha habido sueños y ordenamientos totalizadores, en nombre de los cuales se aplastó a las personas. La razón no inauguró el sometimiento de los individuos a los sistemas. En cambio, puede ayudarnos a superarlo.

Aquí, sin embargo, se advierte una fractura profunda entre, por una parte, quienes consideran natural la crítica racional de la razón como un medio de su propia superación y, por la otra, quienes la consideran de algún modo superada o fuertemente debilitada. Con este último sentimiento irracionalista se enfatiza el fraccionamiento y la desarticulación de la realidad, así como el relativismo moral basado en la suspensión del juicio racional, que por naturaleza tiende a establecer jerarquías. La tendencia a rechazar las concepciones globalizantes termina así por reducir el juicio en general, y la moral en particular, exclusivamente al ámbito de la persona. Queda como actitud un pragmatismo aleatorio, incondicional, del éxito. También el parche de creencias, valores o instituciones que la razón no logró integrar.

Una variante conservadora de la crítica a la razón enfatiza la debilidad intrínseca de ésta para conocer la verdad, en lo que coincide con diversos filósofos de épocas y orientaciones muy diferentes. Sin solución de continuidad, sin embargo, quienes así opinan afirman conocer la verdad e incluso su deber de administrarla. El eventual relativismo de la primera afirmación es cerrado de modo inmediato con la segunda: la razón es un camino incierto, pero hay otros que no lo son. En este punto los filósofos de las diversas escuelas de la metahistoria se dan la mano. Es hoy, por lo tanto, un punto de partida necesario afirmar la validez de la razón como método. Por eso debe abandonarse tanto la idea de la «razón final», como la de superar la razón. Si se ejercita bien, la razón encuentra un freno en sí misma a sus errores potenciales; lo importante es que ella pueda expresarse libremente.

La derecha usa lenguaje de centro

¿Por qué los programas de la Concertación y la derecha resultan con frecuencia indistinguibles? Tal fue el caso en las elecciones presidenciales de 1999 y 2000 y es muy posible que lo vuelva a ser en las de 2005. Eso es así porque la derecha cambió su estrategia de márketing político, buscando hacer más competitivo su producto. Sin embargo, las posiciones y las votaciones de la derecha muestran que ese cambio es principalmente de palabras. Es interesante, sin embargo, que este cambio más bien retórico, tenga algunos resultados positivos: cuando la Concertación sabe lo que quiere resulta más fácil lograr acuerdos más favorables con la derecha. El cambio en las palabras podría influir en el cambio en las actitudes.

Este giro en el programa de la derecha es significativo, tanto por el control de los medios de comunicación, como de las nuevas universidades privadas que

ella posee. La derecha practica a Gramsci y a Lampedusa, en muchos casos sin haber leído a ninguno de los dos. Este cambio también crea confusión en el debate político, el cual parece ser sobre minucias –lo que contribuye a desvalorizar la política ante los ojos ciudadanos– o sobre el tema de la continuidad del Gobierno como un problema en sí mismo. La Concertación no siempre entiende la importancia que tiene oponer políticas públicas a la retórica.

La integración de Chile en la sociedad mundial puede dar un salto: economía, cultura y sociedad

Si las alternativas son la adhesión o la denuncia incondicionales de la economía internacional, su discusión echará poca luz sobre las políticas públicas, así como sobre las actitudes personales y comunitarias. Efectivamente, algunos analistas parecen entender a la sociedad como apéndice de un proceso económico sabio *per se*, que solo puede ser dañado por opiniones distintas a las del capital. Para otros la dinámica económica es algo de lo que no se habla, por temor a contaminarse con su perversión.

Economía y sociedad. ¿Es evidente cuál es la economía de mercado más conveniente para Chile? Incluso en la teoría económica más convencional la asignación óptima de los recursos económicos se realiza a través de mercados transparentes y competitivos. ¿Cómo asegurar que la integración en la economía mundial sea un motor del crecimiento para todos? Ningún país tiene una economía perfecta; pero algunas funcionan mejor que otras, algunos conductores son más creativos que otros.

Por otra parte, ¿es inevitable que las marcas o las consideraciones de mercado inunden toda la trama de relaciones y sean las únicas que guíen nuestras decisiones personales, comunitarias y sociales? Chile ha sido siempre más que su adhesión al patrón oro, a la sustitución de importaciones, al Estado productor o a la economía neoliberal, por tomar algunos ejemplos. Hay sentimientos y convicciones que están en el corazón de los chilenos y en ellos hay que buscar, ya que *la verdad se cava como un pozo* (De Saint-Exupéry).

Esta tendencia puede sintonizar bien con una integración inteligente en la economía y la sociedad mundiales, antes que con la simple denuncia o el acomodo a la mundialización. Porque, después de todo, la globalización no es un fenómeno natural que no puede ser modificado, o frente a la cual solo cabría lamentarse o participar en ella mediante un contrato de adhesión. De hecho, tal enfoque refuerza una concepción rígida y estrecha, que no toma

en consideración el hecho de que la globalización sí es modificada por diversos agentes en distintos escenarios, tanto en lo conceptual como en el terreno de las políticas públicas. Esta manera de mirar las cosas ayuda a conformar una *verdadera tiranía de la falta de alternativa*¹, que clausura posibilidades antes de que ellas se planteen siquiera. De ese modo, más allá de su intencionalidad crítica, se transforma en una posición conservadora.

La pregunta relevante no es si participar en la globalización, ya que el aislamiento es una opción poco realista. Pero algunas trayectorias de incorporación son mejores que otras para Chile. ¿Cuál es la mejor política nacional de articulación con el mundo global, una que evite que prevalezcan los elementos desintegradores? Varios procesos críticos para la inserción exitosa en el ámbito global (el desarrollo institucional, la formación de capital humano, la construcción de consensos sociales) son esencialmente endógenos, solo pueden ser generados en el interior de Chile. ¿Qué tipo de políticas son críticas para una inserción exitosa (macro, meso, social, ambiental)? ¿Cuáles son los márgenes de acción efectivos? ¿Cómo se combinan, en particular, las necesidades de flexibilidad que exige un mundo en cambio, con las necesidades de protección social? ¿Cómo se flexibiliza la oferta, haciéndola más competitiva?

Los acuerdos comerciales significan el evento de mayor ampliación del mercado para Chile en su historia. Son una gran oportunidad de cambio social. Esa es su dimensión posible. Este fue uno de los objetivos de los Padres de la Patria cuando se independizaron de España: abrir los puertos al comercio internacional, lo que entonces significaba principalmente con Inglaterra. Pero, ¿y la autonomía? En el terreno económico conviene recordar que nunca los gobiernos han podido elegir a su gusto las tasas de interés y los tipos de cambio, o los niveles de producción y empleo. Ellos se refieren a realidades económicas que hay que reconocer y con las cuales hay que trabajar. Existen límites a las políticas económicas, pero siempre los ha habido. El principal efecto de la globalización, ha sido el de cambiar la temporalidad y la severidad de las consecuencias de ignorar las restricciones de la política económica. Como siempre, la sabiduría económica consistirá en la combinación de políticas que tengan la mayor rentabilidad social.

La dictadura jamás habría podido negociar esos acuerdos. En cambio, es muy probable que quienes deseaban la integración regional en los años 60, los quisieran hoy. Al eliminar el escalamiento arancelario proporcional al valor

1. La frase es de Jadish Bhagwati.

agregado de nuestras exportaciones, los acuerdos nos dan mayor libertad para elegir especialización productiva, un reclamo permanente de los países en desarrollo y de nuestros líderes en décadas pasadas. No estamos condenados a exportar bienes y servicios con poco valor agregado, salvo que la economía siga determinada por las rentas y no se modernice. Los acuerdos establecen reglas comunes para economías de tamaño disímil, lo que siempre es mejor que su carencia. Ellos afirman al mismo tiempo la democracia y el manejo macroeconómico; requieren la cohesión y el diálogo social como base de apoyo; son una oportunidad de crecer culturalmente en vez de ser solo trivializados receptores de televisión. Y, no menor en absoluto, ellos nos comprometen con el trabajo decente y el desarrollo sostenible.

¿Y la sociedad? El mayor dinamismo favorecería a todos, ya que habría más empleo y disminuiría la pobreza. Sin embargo, la distribución de los ingresos adicionales no sería muy diferente, ya que un crecimiento económico como el que hemos tenido tiende a concentrar los ingresos. Esa es una de las diferencias entre crecimiento y desarrollo. Para éste no basta con el aumento del producto per cápita, que ya sería un programa conservador muy presentable. Se necesita, también, que la distribución del nuevo producto tenga una base más amplia. Y ello requiere de cambios profundos y simultáneos que no están asegurados. El campo de las políticas redistributivas tradicionales se angosta, pero se abren mejores posibilidades mediante el aumento de la productividad.

Buenos empleos, con remuneraciones crecientes, señalan el camino del desarrollo nacional. Aníbal Pinto planteó esta orientación hace años, pero sigue inexplorada entre nosotros. Las discusiones sobre distribución del ingreso siguen ancladas en los años 60; falta proponerse disminuir la heterogeneidad productiva de los sectores y regiones del país.

Es necesario mantener políticas económicas equilibradas y mejorar la capacidad del sector público para enfrentar sus nuevas tareas. Estas incluyen una supervisión estricta pero inteligente de la actividad económica, reglas del juego claras y regulación oportuna. Debe favorecerse el cambio de ciclos de expansión basados en rentas a la agregación de valor a los productos, sin que se siga quedando atrás la impunidad impositiva de las principales fuentes de rentas absolutas, que ha sido criticada, entre otros, por el Fondo Monetario Internacional.

Conviene fortalecer las capacidades públicas para contar con un sistema de protección social que anticipe y contribuya a facilitar y afianzar las transfor-

maciones necesarias y deseables. También es necesario promover la adopción y difusión del progreso tecnológico (apoyo a la adaptación tecnológica, la capacitación laboral), así como los desarrollos financieros en favor de sectores generadores de empleo y capacidad de exportación.

En cuanto al medio ambiente, es necesaria una política ambiental clara y comprensiva. Ello para que nuestro desarrollo sea sostenible, pero también porque de otro modo las exportaciones chilenas encontrarán barreras crecientes. Además, nuestra inserción en la sociedad mundial nos obliga moralmente a aportar bienes públicos globales como el mantenimiento de la paz, la lucha contra la pobreza y el terrorismo, el reconocimiento de los grupos indígenas en todo el mundo.

La especificidad cultural. Los temas culturales tienen una doble especificidad en el marco de la integración a la sociedad mundial. Por una parte, las expresiones culturales son particulares de un pueblo y es a partir de las características propias que se puede interactuar con la cultura en el ámbito global. De este hecho se deriva la necesidad de no considerar a la cultura como una mercadería más en el comercio internacional, sino como un bien específico. La hegemonía cultural de pocos grupos en lo interno y de pocos países en lo externo es lo contrario del respeto a la especificidad cultural; y potenciar la especificidad es potenciar la diversidad mediante libertad creativa. Porque, junto a una creación política, económica y social basada en la razón, ¿no necesitamos también una cultura libre de toda restricción que no sea la de la propia creación? La pasión, el éxtasis, lo místico deben tener su propia jerarquía en la cultura y en el desarrollo personal.

Chile aspiró a formar una comunidad con identidad cultural, y pareciera que la gente busca eso hoy también. Ayer, con una visión bastante homogénea, y ahora más basada en el reconocimiento de nuestra diversidad, así como de la diversidad global y sus potencialidades de enriquecimiento para todos. Pareciera que falta un impulso cultural que permita llenar los vacíos que dejan las convicciones viejas, ya perdidas, y que no siempre ocupan las nuevas, todavía poco articuladas. Si los grandes conglomerados mediáticos transnacionales son las nuevas instituciones de socialización (Ortiz), ¿no es necesario plantearnos mejorar nuestra televisión? ¿No deberíamos intentar que se conozca mejor la música creada hoy en Chile?

Si, como es previsible, la integración de Chile en la sociedad mundial es cada vez mayor y más compleja, ¿qué pasará con la participación del país en los

aspectos no económicos de ella? Algunos opinan que Chile se parecerá a Miami, lugar favorito de peregrinación para muchas familias. Parece más probable, en cambio, una diversificación de objetivos y de destinos. Por otra parte, junto a interrogantes nuevos, podrán debilitarse visiones tradicionales, como la obsesión por la jerarquía social o el machismo. Y fortalecerse otras que siempre estuvieron, como el amor por la naturaleza y la solidaridad en las emergencias.

El aumento de las comunicaciones opaca las diferencias entre los países, pero también afecta de algún modo la identidad nacional. Algunos celebran la recepción de mensajes culturales no tradicionales, mientras otros lamentan la pérdida de valores tradicionales. ¿Qué políticas públicas deben seguirse al respecto? ¿Desaparecerá lo propio, barrido por símbolos multinacionales? Eso pareciera depender del autoconocimiento, la autoestima y la creación propias, así como de la interacción con el mundo, más que de cerrarse a lo de afuera. ¿Habrá mayor o menor creatividad local? ¿Se competirá mejor con el mundo como escenario? ¿Habrá más cultura o más diferenciación? ¿Cómo nos imaginaremos el país en los próximos años? ¿Cuál es la música de Chile? Dicho de otro modo, ¿con qué música nos imaginamos a nuestros paisajes y recuerdos?

El sector público tiene deberes con la cultura, igual que con la salud y la educación. La cultura no puede ser tratada como una mercancía más en las negociaciones internacionales, por eso en ellas se ha preservado el derecho a mantener programas de apoyo gubernamental y otros subsidios a la industria cultural. La diversidad cultural se sostiene en la existencia de una dinámica audiovisual, de la música, la industria del libro y, de manera indirecta, de las artes escénicas y el conjunto de la cultura.

Por una parte, es claro que debe facilitarse el acceso a las comunicaciones, incluyendo el acceso a banda ancha para todos los habitantes del país. Por la otra, el sector público puede fomentar o actuar de manera catalizadora en la preservación del patrimonio, la extensión cultural y la creación artística. Ello requiere de políticas culturales modernas y de gestión autónoma. En los próximos años se definirá la manera en que la comunidad internacional abordará la relación entre el comercio y la diversidad cultural. Y Chile debe participar activamente.

¿Cómo seguimos?

La integración en la sociedad global quizás sea la forma que tome el desafío histórico de Chile para esta generación y la próxima. Es previsible que las

alternativas de este proceso empiecen a concitar una gran atracción intelectual, política y social, ya que el mañana se definirá en el día a día, al igual que en las relecturas del pasado que ello provoque. No parece haber tarea programática mayor. Lo atractiva que resulta hoy la opción de integrarse en el mundo y de hacerlo de manera socialmente incluyente es un factor que erosiona las posiciones políticas más convencionales: este programa, posible en el mundo de hoy, no es el que predicaron la izquierda, el centro o la derecha hasta 1989, año en que cambió el mundo y en el que cambió Chile también. ¿Qué transformaciones necesita completar o emprender Chile para llegar a ser una sociedad democrática moderna? Ellas pueden agruparse en torno de cuatro ciclos sociales: el del trabajo, el de la vida personal y familiar, el de las decisiones colectivas, y el del enriquecimiento cultural y la ampliación de las libertades. Sobre ellas existe un acuerdo transversal bien difundido, cuestión distinta del «consenso» excesivo que hubo de lograrse con la dictadura a fines de los años 80. Ello no significa desconocer el sólido, aunque minoritario, apoyo a políticas de derecha. Veamos la agenda de esas transformaciones.

Primero, *crear empleos decentes con una economía dinámica*. El crecimiento de la economía depende tanto de una política fiscal equilibrada y contracíclica, como de una integración en la economía mundial diversificada y respetuosa del medio ambiente. Sin embargo, para crear empleos decentes a lo largo del ciclo del trabajo hay requisitos adicionales: educación de calidad mundial, a la altura de los países con los que competimos; capacitación; desarrollo productivo y disponibilidad de capital de fomento. En la empresa se requiere el cumplimiento de la legislación laboral y el respeto de los sindicatos. En cuanto a la incorporación de las mujeres, es preciso nivelar los ingresos para labores semejantes y mejorar el cuidado social y el de ambos padres respecto de los hijos. Y para la jubilación se necesita una previsión adecuada.

Segundo, *que los servicios sociales sean de calidad y lleguen a todos*. Para que a nadie le falten a lo largo de la vida hay que superar la dicotomía entre servicios privados caros y excluyentes y servicios públicos a todo evento –o parcialmente cofinanciados– y gestionados de manera poco eficiente, que institucionalizó la dictadura. Quién provea los servicios sociales, sea un ente público, privado o mixto, importa menos que asegurar la calidad y oportunidad del servicio a las personas, desde antes de su nacimiento hasta la vejez.

Tercero, *tener una democracia de la que podamos enorgullecernos*. Lograr la participación de los ciudadanos en todo el ciclo que va de la discusión de la agenda pública a los programas de gobierno, y al diseño, gestión y evaluación de

las políticas públicas. Ello requiere de una reforma de los partidos políticos y un buen funcionamiento del Estado. Y que las elecciones de los representantes de la ciudadanía se hagan conforme al principio «una persona, un voto», a partir de la inscripción automática. También que las instituciones funcionen, así como una vigorosa opinión pública, disminuyendo la fortaleza de lo meramente corporativo.

Y cuarto, *que Chile sea una sociedad más culta y pluralista*. El ciclo de expansión de nuestra frontera espiritual pasa por cuidar nuestro patrimonio cultural, fomentando al mismo tiempo la creación cultural y el intercambio con la cultura mundial. Reconocer y valorar la diversidad de las personas y las comunidades, al tiempo que se da alas a la subjetividad de los chilenos sobre un proyecto compartido: la mayor libertad de las personas y las comunidades en el bicentenario de la independencia nacional.

Esta agenda resulta parecida a la de otros países de América Latina, con quienes Chile comparte varios problemas estructurales. Los desafíos también son los mismos. Definitivamente, valdría la pena dialogar más.

Bibliografía

- Brown, Walter: *Life against Death*, Wesleyan University, 1959.
De Saint-Exupéry, Antoine: *Ciudadela*, Goncourt, París, 1998.
Lahera, Eugenio y Mabel Cabezas: «Governance and Institutional Development of the Chilean Economy» en *Journal of International Development* N° 12, 2000.
Ortiz, Renato: «Violencia y globalización» en *Nueva Sociedad* N° 177, Caracas, 1-2/2002.